

mobiliario urbano

EN BUSCA DEL USUARIO DESCONOCIDO

Alvaro Orellana Díaz

Uno de los trabajos que más recuerdo de mi recién concluida época universitaria fue el que vi realizar por años a varios cursos paralelos al mío, y en el cual nunca tuve la oportunidad de participar. Aquel trabajo consistía en diseñar una silla o taburete para un compañero de clase, realizando un extenso y acucioso proceso en que se recopilaba una gran cantidad de antecedentes referidos a dicho compañero, tomando en cuenta rasgos de su personalidad, carácter y aspecto físico. La idea era generar un producto, en este caso una silla, que resultara profundamente coherente con la persona aludida; es decir, que el diseño representara de manera formidable aquello que el individuo era y aquello que necesitaba. Vi salir de aquellos procesos verdaderas piezas de museo, no necesariamente por su resultado impecable, sino más bien por lo distintas que podían ser unas de otras.

Siempre me llamó la atención la naturaleza de este ejercicio, pues pretendía por un lado medir la destreza de los futuros diseñadores para realizar un adecuado “proceso creativo”, cuidadoso de las coherencias y de las funcionalidades, y por otro desarrollar en el estudiante la capacidad de transformar elementos tan volátiles como actitudes, valores, creencias y demases en elementos de diseño tangibles tales como colores, cortes, formas, etc.

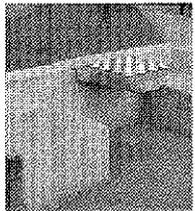
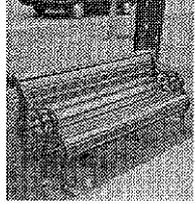
Evidentemente en el ejercicio había una suerte de simulacro de encargo real, pues en el acto de reconocer aquellos elementos que conformaban la “esencia” de determinado compañero, de a poco se desarrollaba la capacidad de abordar en el futuro una tarea parecida pero con entidades más difusas y numerosas, que podían ir desde una panadería familiar de barrio hasta una transnacional.

El ejercicio podía incluso transformarse en un simulacro más real que la misma realidad, pues definitivamente es más fácil diseñar en base a los lineamientos de una determinada “estrategia de marketing”, redactada y purificada por los profesionales del comercio, como ocurre en la mayoría de las empresas, que tratar de descubrir y materializar aquello que a veces no ha sido descubierto en años (ni siquiera a veces a través de largas psicoterapias). Por lo tanto, el intento de plasmar a ese a veces desconocido compañero a través de una pieza de mobiliario podía terminar siendo un rotundo fracaso o un profundo motivo de malestar y confusión para el aludido respecto a su propia imagen frente al mundo.

He querido rememorar esta experiencia relativa a un ejercicio universitario pues sirve para constatar el hecho de que, si tomamos en cuenta la dificultad que implica diseñar una sola pieza de mobiliario en base a la sinuosa y a veces errática personalidad de un individuo, será entonces muchísimo más difícil generar una batería de elementos de mobiliario distintos, tomando como materia de base a las personalidades de miles de ciudadanos: anónimos, diferentes, discrepantes, antagónicos, viciosos, entusiastas, etc. Podríamos pensar que nadie quisiera nunca toparse con un encargo de tal naturaleza. Sin embargo el diseño de “mobiliario urbano” trabaja aparentemente en base a este terrorífico contexto.

No parece que los diseñadores de tal tipo de material sean hoy profesionales al borde del colapso. Más bien vemos a diario su prolífica obra en todas las calles, plazas y avenidas de nuestras ciudades. ¿Cómo lo logran? Evidentemente, deben de haber generado alguna fórmula.

Si ponemos atención a lo que se considera como mobiliario urbano, veremos que en ese rubro están los bancos de plazas, los basureros, los postes de iluminación peatonal, los paraderos de microbuses, los juegos infantiles y en general una serie de elementos colocados en el espacio público para el usufructo de todos. Están allí para solucionarle la vida a un personaje difuso llamado “ciudadano”, que parece compartir una serie de inquietudes, necesidades y costumbres con sus congéneres,



pues en base a su persona se pueden desarrollar elementos seriados.

Al recorrer Santiago se puede constatar que, salvo por temas presupuestarios, este mobiliario urbano parece ser el mismo. Parece diseñado para la misma persona, para las mismas necesidades y para los mismos problemas.

Por ejemplo en la comuna de Vitacura un paradero de microbuses lleva enormes placas de vidrio en las que se resalta la imagen de elementos identitarios del sector, tales como el cerro Manquehue, los cóndores, etc. Sin embargo aquello no pasa de ser una anécdota, pues el objetivo principal de la estructura es cobijar a pasajeros de microbuses y en eso el elemento no parece ser distinto a los que se esparcen por el resto de la capital. Evidentemente existe una intención de generar identidad; sin embargo no es esa la función principal del paradero, por lo tanto de allí resulta la anécdota.



Por otro lado el mobiliario urbano se ha transformado actualmente en un excelente soporte publicitario para las administraciones edilicias de turno. Con colores corporativos y serigrafías imposibles han hecho cómplices de estrategias políticas de tipo persuasivo a pequeños basureros, a inocentes postes de alumbrado, y a cuanto elemento se encuentra por ahí. Recuerdo ahora los bancos de piedra que estaban en una plaza cercana a mi casa, los que llevaban en sus bases el escudo de Santiago. No creo que hayan sido una estrategia de persuasión de nadie pues llevan ahí más de ochenta años.

Es evidente que el mobiliario urbano de Santiago resalta por su poca diversidad y su escasa conexión con el entorno. Son contados los casos en que la naturaleza del diseño nos parece un reflejo de lo que allí sucede, tal como es el caso del dispensador de bolsas para residuos de mascotas, existente en la Plaza Perú de Las Condes. En ese lugar una costumbre local realmente logró despertar a los planificadores urbanos, y hacerlos reparar en un tema más bien banal. Cosas de poder, dicen por ahí.

Dentro de la capital podemos ver cómo dos corrientes de diseño se pelean los espacios públicos. Por un lado tenemos a la corriente conservadora, que aun nos brinda los faroles de "globos" y los bancos metálicos con superficies de madera, que definitivamente resultan ser

los menos trasgresores del paisaje, mientras por otro lado tenemos a la corriente “moderna” que asalta a menudo a entornos vulnerables con descontextualizadas luminarias de formas “orgánicas”, en contraste a muros de adobe y puestos de papas fritas.

Tras revisar aquello que constituye el mobiliario urbano de una ciudad capital como Santiago, no puedo dejar de recordar aquella entrega final del proyecto de las sillas del cual he hablado al principio de estas líneas. Aquella ocasión parecía asistir a un bosque repleto de las más intrincadas, extravagantes, antagónicas y diversas especies. Sillas puntudas, agresivas, contrastaban con otras de líneas simples y conservadoras, generando el espectáculo a ratos, una cierta confusión mental. Supuestamente estaban allí representadas las personalidades de 40 jóvenes universitarios, y pese al bajo número de participantes, el espectáculo lograba transformarse en una digna demostración de la “teoría del caos”.

En contraposición a esto veo en el diseño de mobiliario urbano el proceso del ejercicio universitario absolutamente invertido. El material que puebla nuestras plazas y espacios públicos parece diseñarse en base a aquello que la sociedad en conjunto pretende que seamos, y no en base a aquello que somos. Se esconde ahí una interesante visión de nuestra disciplina, que tiene que ver con idealismos y utopías, y con una sana rebeldía a aceptar nuestras naturalezas de personas tal como salen al mundo. La ciudad ordenada, la ciudad pacífica, la ciudad eficiente... en fin. Y no podría ser de otra manera, pues en cierto sentido desde que vivimos en sociedad partimos de este ideal predicamento. Después de todo no sería grato diseñar “totems” para reconocer puntos de venta de droga, o barandas para puentes que faciliten el suicidio. No lo creo, en absoluto.

